



FRONDIZI

Por Roberto Bardini

1. Huida hacia adelante

En mayo de 1959, pocos días antes de morir, el escritor nacionalista Raúl Scalabrini Ortiz le comentó al ingeniero Juan Sábato: “Usted ve un animal grande, de cuatro patas, generalmente marrón, que tiene ubres de las que extraen leche los tamberos, cuyo excremento es de color verde y que hace muuu. Usted dice, obviamente, que es una vaca. Pues bien, Arturo Frondizi le demostrará que no, que es una locomotora Diesel”.

La anécdota figura en el libro *Argentina a precio de costo*, de Gregorio Selser, quien comenta de Frondizi: “Se enzarzaba con financistas y militares

en inverosímiles juegos que él creía de ajedrez cuando en realidad no pasaban de ser partidas de truco, donde la razón cede paso a la picardía, a la adivinanza, a la ficción del azar y el embuste”. El rápido apogeo del ambicioso político –y su también acelerada caída– se resumen en una breve crónica. Frondizi, asumió la presidencia el primero de mayo de 1958, escoltado por los comandantes del ejército, la marina y la aeronáutica. De ahí en más, los jefes militares no se le despegarán; lo marcarán hombre a hombre durante toda su azarosa presidencia, interrumpida cuatro años después.

En su discurso de asunción, el abogado entrerriano de 49 años prometió: “Nadie será perseguido por sus ideas ni por su actuación política o gremial [...]. El Poder Ejecutivo considera que debe ser derogada toda legislación represiva de las ideas [...]. Cualquier ciudadano podrá elegir y ser elegido, y todos los partidos políticos podrán constituirse y desarrollar libremente su actividad”. Eran las señales de retomo a los peronistas. En poco tiempo estos enunciados verbales se convirtieron en letra muerta.

Uno de los primeros proyectos que el nuevo presidente envía al Poder Legislativo, fechado el 6 de mayo, es un homenaje a las Fuerzas Armadas. El 14 presenta otro para ascender a teniente general a Pedro Eugenio Aramburu y a almirante a Isaac Francisco Rojas. Pero estos gestos para tranquilizar a los militares no bastan. Antes de terminar mayo ya circulan versiones sobre resentimiento en algunos sectores de las Fuerzas Armadas por lo que consideran una actitud “blanda” del mandatario hacia el peronismo. Al mismo tiempo, la Aeronáutica se manifiesta disconforme por la compra de pertrechos bélicos para la Marina, porque queda en inferioridad de armamento. Es como si ambas fuerzas pertenecieran a países distintos y enemigos.

El 24 de junio de 1958, Frondizi entrega los despachos de teniente general y de almirante a Aramburu y Rojas.

Las Fuerzas Armadas se tranquilizan un poco y los peronistas se indignan bastante. Dos días después, el Congreso deroga el decreto-ley 4161, que prohibía los símbolos del peronismo. La tortilla se da vuelta en 48 horas: hay conformidad entre los perseguidos e indignación entre los perseguidores.

El presidente cancela el 7 de julio la tradicional comida de camaradería de las Fuerzas Armadas, que de “camaradas” parecen no tener nada. El encuentro debía desarrollarse el 9 de julio, aniversario patrio, y genera malestar. Para sacudir aún más el avispero castrense, también corre el rumor de que el flamante mandatario se propone una alianza más firme con los peronistas, etiquetada como “peronismo sin Perón” o “neoperonismo”. El 16, El radical Miguel Ángel Zavala Ortiz denuncia la existencia de un pacto Perón-Frondizi, pero no presenta pruebas. Frondizi, un encarnizado opositor de los contratos petroleros con la Standard Oil of California impulsados por Perón, anuncia el 24 de julio que su gobierno ha suscrito 13 acuerdos con compañías británicas y norteamericanas para la explotación de los recursos del país. Partidarios y adversarios se quedan fríos.

Del frío pasan al calor: como retribución a la Iglesia por el apoyo brindado a su candidatura, Frondizi lanza en agosto el proyecto de ley de enseñanza privada. La propuesta favorece a los colegios religiosos y es, además, una maniobra para distraer la atención.

Resultado: durante meses se enfrentarán en la calle estudiantes partidarios de la educación libre y la laica. El ministro de Defensa, que había sido uno de los protagonistas de la Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, renuncia ofendido.

La discusión también gira acerca de la potestad de otorgar títulos profesionales, hasta entonces reservada a las universidades de Estado. Si el proyecto de Frondizi se toma al pie de la letra, las universidades privadas —en su mayoría católicas— quedarán autorizadas para expedir títulos, con lo que la enseñanza superior escapará al control de las autoridades docentes de la nación.

El Plan Conintes

El 25 de septiembre, el dirigente socialista Alfredo Palacios le pide públicamente a Frondizi que renuncie.

En octubre se inicia una huelga ferroviaria. El 6 de noviembre, Perón condena desde República Dominicana la firma de contratos petroleros con empresas extranjeras: “Considero lo actuado como un tremendo desatino, tanto en lo acordado como en la forma deshonesto de realizarlo”. Al día siguiente, el Sindicato Unido Petrolero del Estado (SUPE) emplaza al gobierno a modificar los acuerdos o, de lo contrario, convocará a la huelga general.

El 9 de noviembre se produce un paro petrolero en Mendoza y se incendian pozos. Frondizi acusa como responsables a “peronistas y comunistas”, e instaura el estado de sitio. Por presión de los militares, el mandatario acepta la renuncia de Rogelio Frigerio, que era subsecretario de Asuntos Económicos y Sociales. Su hombre de confianza sale por una puerta y entra por otra, como “asesor” de la presidencia. Pero en la turbulencia también renuncia el subsecretario de Trabajo, que era uno de los vínculos de Frigerio con los dirigentes sindicales peronistas.

El vicepresidente Alejandro Gómez plantea el 12 de noviembre al ministro del Interior la necesidad de constituir un gobierno de coalición con la intención de remplazar al presidente. La UCRI lo expulsa de sus filas. A las 24 horas una huelga general sacude al país. Frondizi intenta acomodarse con los militares gorilas, a quienes envía mensajes: “¿Qué harán ustedes? ¿Permitirán que me volteen los peronistas y comunistas?”.

Es lo que están esperando en los cuarteles: el 17 de noviembre se declara el estado de sitio. Como en la época de Aramburu y Rojas, peronistas y comunistas son encarcelados por igual. El pacto Perón-Frondizi se rompe en pedazos. Frigerio, no obstante, recoge algunos fragmentos y mantiene en las sombras algunos contactos con dirigentes peronistas, a la espera de tiempos menos agitados.

Fiel a su estilo de “huida hacia adelante”, Frondizi aplaca una crisis generando otra. Al día siguiente, como culminación de un show de varios días de duración, obliga a renunciar al vicepresidente Gómez.

Un oscuro y maleable senador por Río Negro, José María Guido, es nombrado presidente provisional del Senado.

El 27 de noviembre de 1958, el gobierno declara el Plan de Conmoción Interna del Estado (Conintes). Ahora sí los militares están encantados. La medida, inspirada en la táctica de las tropas francesas que ocupan Argelia, divide al país en distritos militares donde los comandantes tienen más poder que los gobernadores y pueden crear tribunales de guerra. A partir de entonces, rige el código de justicia militar para el personal civil de la administración pública y las empresas estatales. Si un empleado desobedece a un oficial, puede ser condenado a más de un año de prisión. En seis meses de gestión, a todo lo anterior quedan reducidas las promesas de no perseguir a nadie por sus ideas políticas y derogar la legislación represiva.

En lo económico, en un mes el presidente borra con el codo lo que había escrito con la mano. En diciembre, comienza a aplicar un plan de austeridad según los modelos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y aprueba una ley para atraer inversiones extranjeras. A los peronistas no les hace mucha gracia, además, que el gobierno devuelva al Grupo Bemberg las empresas requisadas por el gobierno de Perón. El hombre que había vaticinado un plan de desarrollo “para 20 millones de argentinos” favorece, en los hechos, a “20 millonarios” nacionales y extranjeros.

Así, 1958 concluye con una mala Navidad y la perspectiva de un peor Año Nuevo: el costo de vida aumenta un 35 por ciento, caen los salarios reales de los trabajadores y la devaluación del peso favorece al sector agropecuario. En su último mensaje al país del año, el mandatario promete que “en dos años se modificará la fisonomía del país”, pero aclara: “Durante 24 meses el nivel de vida será más bajo; después se elevará debido a la mayor producción y riqueza que dispondrá la nación si todos trabajamos”. Insurrección en Mataderos El nuevo año se inicia muy caliente. El 10 de enero de 1959, Frondizi envía al Congreso el proyecto de ley que autoriza la venta o arrendamiento del Frigorífico Lisandro de la Torre y otorga preferencia a la Corporación Argentina de Productores (CAP). Por esa fecha, el presidente ha planificado una gira por Estados Unidos, acompañado por una comitiva de funcionarios de Economía y empresarios. Le otorga gran importancia al viaje porque es el primer mandatario argentino que efectuará una visita oficial a ese país y espera atraer inversiones norteamericanas. Pero, como de costumbre, los planes no le salen bien.

Los obreros de la carne ocupan el 16 el frigorífico, en desacuerdo con su privatización. Cuando Frondizi se dirige el 18 con su comitiva rumbo al aeropuerto internacional de Ezeiza, una rechifla lo acompaña durante casi todo el camino. Desde Estados Unidos, el mandatario afirma que “la conducción del país la tiene el gobierno y no los gremios” y asegura que la huelga general “es un golpe comunista-peronista”. Declarada la ocupación del Lisandro de la Torre, llegan al lugar ómnibus con policías, carros de asalto de la Guardia de Infantería, coches patrulleros y más de cien agentes de civil de la División Investigaciones con armas largas. Como está en vigencia el Plan Conintes, el gobierno ordena al Ejército que intervenga para terminar con la

toma. Los militares llegan con cuatro tanques de guerra Sherman y jeeps con soldados provistos de ametralladoras al mando del teniente coronel Alejandro Cáceres Monié.

Tropa de Gendarmería se unen a los policías y soldados que rodean la zona.

Las fuerzas de seguridad son recibidas a pedradas por los trabajadores y el vecindario, donde viven muchos de los huelguistas. Uno de los tanques destroza las puertas de edificio, y agentes y soldados entran violentamente a desalojar a los ocupantes. Noventa y cinco obreros son detenidos y varios son heridos; hay siete policías lesionados. Durante varios días hay enfrentamientos en Mataderos. Se libran pequeños pero encarnizados combates propios de una insurrección urbana.

Del 17 al 20 de enero estalla una huelga general en apoyo a los trabajadores del Lisandro de la Torre y en protesta a la intervención del ejército en cuestiones sindicales. En los días siguientes, las fuerzas de seguridad allanan los principales sindicatos peronistas y varios domicilios particulares, junto con la sede central de Partido Comunista y 25 comités de esa organización. Poco después, los detenidos son 400.

Entre ellos se encuentran dirigentes como Augusto Timoteo Vandor, Amado Olmos y John William Cooke, y nuevos militantes como Susana Valle y Felipe Vallese.

El Plan Conintes se instaura con mayor fuerza. En La Plata, Berisso y Ensenada, principal enclave de los frigoríficos extranjeros y con gran concentración de obreros, se declara "zona militar" custodiada por el ejército. Tropas de la marina ocupan la destilería de petróleo de La Plata.

A lo largo de todo el mes estallan bombas por todas partes: en el domicilio de Rogelio Frigerio, en comités de la UCRI, en las vías de los ferrocarriles Belgrano, Mitre y Sarmiento, en el Servicio de Informaciones de Estados Unidos, en la ciudad de La Plata... Cuando el paro concluye, renuncia el ministro de Trabajo. Frondizi regresa al país el 2 de febrero y declara sin inmutarse: "He encontrado gran madurez en Estados Unidos para la comprensión de los problemas latinoamericanos".

Los atentados de los comandos de la Resistencia Peronista, al contrario de lo que sucederá a fines de la década del 60 y comienzos del 70, no están destinados a eliminar personas ni causar heridos. Los caños se colocan afuera de domicilios, locales partidarios, objetivos económicos, lugares de producción, pozos de petróleo, tanques de combustible, líneas férreas. A pesar del odio político hacia el enemigo, se conserva el respeto por la vida.

A consecuencia del violento desalojo del Lisandro de la Torre y de la ola de atentados que le siguen, la Unión Cívica Radical del Pueblo da a conocer una declaración: "El presidente de la República conocía perfectamente la índole de los materiales humanos e ideológicos manejados y encumbrados por él. El país entero los denunció; pero él los sostuvo... Y cuando los trabajadores se alzan repudiando la entrega del petróleo y la electricidad, cuando se alzan protestando contra la carestía de la vida, entonces son perturbadores, peronistas y comunistas". Antes, a mediados de enero, los radicales del pueblo habían solicitado el juicio político al presidente.

2. Entre Alsogaray y los Uturuncos

En abril de 1959, aumentan las tarifas telefónicas. El 3, graves disturbios conmocionan Buenos Aires: la Resistencia Peronista hace estallar una gran cantidad de bombas, mientras grupos de la Juventud Peronista efectúan actos relámpagos, incendian automóviles y enfrentan a la policía. La ciudad queda alfombrada con panfletos.

El gobierno ordena el allanamiento las sedes gremiales más importantes: el Sindicato de la Carne, la Asociación Obrera Textil y la Unión Obrera Metalúrgica. Se desatan razzias policiales y detenciones. La mentalidad y los métodos de la Revolución Libertadora continúan vigentes en las comisarías, a pesar del gobierno civil. Hay un torrente de denuncias contra la represión policial y la aplicación de la picana eléctrica, un invento argentino como la birome y el dulce de leche. Mientras tanto, los secretarios de Ejército, Marina y Aeronáutica le reprochan a Frondizi que, por un lado, utilice soldados como fuerza de choque antiobrera y, por otro, le explique en privado a los sindicalistas que los militares actúan por su cuenta. Como siempre, Frondizi ataca una crisis generando otra: el 10 de abril tiene la brillante ocurrencia de dedarar no gratos a cuatro funcionarios de la embajada de la Unión Soviética y al secretario de la representación de Rumania. Periodistas adictos al gobierno hacen circular la versión de que los rusos repartieron bombas molotov durante los disturbios del día 3. Ya en tren de política-ficción, algún discípulo supera al maestro y propala el rumor de que uno de los empleados diplomáticos “arengó en ruso a los manifestantes, a la manera de Lenin”.

Los tres secretarios militares, sin embargo, no quedan muy conformes. El 19 de abril se reúnen con Frondizi en la residencia de Olivos y le fijan un plazo para desprenderse a funcionarios frigeristas.

Paralelamente, aumentan los rumores acerca de un golpe de Estado. Los radicales del pueblo echan más leña al fuego y realizan un acto político bajo el lema El gobierno se derrumba. Frigerio renuncia a todas sus funciones. En los días que siguen, se produce una catarata de dimisiones.

El 20 de mayo, tres hombres de la llamada Década infame ingresan al gabinete; entre ellos, César Bunge, de la empresa Bunge & Born y del Grupo Bemberg. Cuando todo parece transitar por carriles normales, se destapan en Washington algunos pormenores del acuerdo entre el gobierno y el Fondo Monetario Internacional, que hasta entonces se habían mantenido en secreto.

Nueva idea genial de Frondizi: mientras se empeña de no aumentar los salarios de los trabajadores, en junio mejora sustancialmente los sueldos de las Fuerzas Armadas. Parece una burla al pueblo y los militares son conscientes. El diario La Razón –que desde junio de 1957 responde al Servicio de Inteligencia del Ejército– opina que este “premio” por la represión a los obreros es tan obvio que los propios beneficiados se sienten a disgusto.

Para complacer al sector gorila del Ejército, Frondizi pide la renuncia del subsecretario de Guerra, un oficial legalista acusado por sus propios camaradas de armas de fomentar “un neoperonismo gremialista”. Radio Rivadavia, entre cuyos propietarios se encuentran miembros de la marina vinculados a la Revolución Libertadora, divulga a mediados de junio el texto completo del pacto Peróndizi de febrero de 1958. La confirmación de este acuerdo –que hasta entonces no pasaba de ser un rumor– provoca furia en las Fuerzas Armadas.

El general Arturo Ossorio Arana, representante del sector militar gorila, considera que el gobierno está formado por “personajes creados por la tiranía depuesta, con socios del dictador y agentes del comunismo internacional”. Para demostrarle que no, el 30 de junio Frondizi se

desprende del secretario de Guerra, otro oficial legalista. Antes, el 24, designa al ex capitán ingeniero Álvaro Alsogaray como ministro de Economía y también de Trabajo. El nombramiento es consecuencia de la presión de los empresarios y del Fondo Monetario Internacional. Ni el propio Alsogaray —ex ministro de Aramburu y colaborador de la Revolución Libertadora— se esperaba este par de regalos.

“Hay que pasar el invierno”

El doble ministro Alsogaray ha sido abanderado del Colegio Militar en 1929. En 1943 obtuvo un título de ingeniero en la Universidad de Córdoba y, más tarde, se retiró del ejército con el grado de capitán. En septiembre de 1948, el gobierno peronista lo designó al frente de la Flota Aérea Mercante Argentina (FAMA) pero al año siguiente lo despidió por inepto. Después de la Revolución Libertadora, fue subsecretario de Comercio bajo la presidencia provisional del general Eduardo Lonardi. En noviembre de 1955 se convirtió en ministro de Industria del nuevo presidente provisional, general Pedro Eugenio Aramburu, y renunció en junio del año siguiente. Ahora, se dedara promotor de lo que él denomina “El gran cambio”.

Fronidizi, el hombre que se había propuesto seducir y unificar en provecho propio a los más diversos sectores, continúa desligándose de funcionarios civiles leales, solicita la renuncia de militares que lo apoyan y los suplanta por oficiales que lo detestan. En Argentina a precio de costo, Gregorio Selser escribe que, gracias a este estilo, en septiembre de 1959 “el Ejército vuelve a ser aramburista, ultragorila y, claro, antifronidizista”.

Fuera de los recovecos del poder, las cosas no funcionan mejor. Ni siquiera la llegada de la primavera calma los ánimos de los trabajadores. El 21 de septiembre, como protesta a las antipopulares medidas económicas de Alsogaray, estalla el paro general más importante desde la caída de Perón. Para complicar aún más la gestión del presidente desarrollista, en diciembre se divulga la noticia de un “obsequio” de fin de año: surge el primer brote guerrillero rural en Argentina, los uturuncos. El “paquete” se encuentra en una zona montañosa del sudeste de Tucumán.

En enero de 1960 se denuncia que en el país hay casi seis millones de pobres y un informe especial da cuenta de que a cada hora mueren cinco lactantes.

Mientras aumenta el costo de vida, el ministro de Economía repite que “hay que pasar el invierno” y anuncia un futuro feliz. Verano caliente Un periódico de Londres publica en febrero dedaraciones de Perón sobre los guerrilleros uturuncos y las elecciones legislativas que deben realizarse el 27 de marzo. El general, que desde hace un mes vive en España, la última y más prolongada etapa de su exilio, expresa: “En Argentina ha comenzado la época de los cambios. Se realizarán elecciones el mes próximo y millones de mis partidarios no podrán votar libremente. Ellos jamás aceptarán eso. La lucha ha comenzado ya en las montañas de mi patria”.

Mientras, crece una polémica entre el secretario de Guerra gorila, general Rodolfo Larcher, y el gobernador tucumano, Celestino Gelsi. El primero —que en 1951 se había sublevado contra Perón— lo acusa de “cómplice de la guerrilla comunista” por no actuar con mano dura. El segundo le responde que los uturuncos no son comunistas sino peronistas y que la policía actuó con eficacia. En síntesis, el civil Gelsi le da una pequeña lección de democracia al militar Larcher: “Son chicos de 16 y 18 años. Lo único que no hizo la policía de Tucumán fue balear a esos chiquilines.

Sería vergonzoso matar a adolescentes. Lamento mucho que el señor secretario de Guerra haya olvidado que en nuestra tierra hay una Constitución Nacional y constituciones provinciales”.

A mediados de marzo se producen atentados contra objetivos económicos en el interior del país, entre ellos el incendio de tanques de petróleo de la Shell en Córdoba. El gobierno aplica con intensidad el Plan Conintes. Más de 3.500 personas son detenidas. En su mayoría, son peronistas que han contribuido con sus votos al triunfo del presidente que ahora los persigue y encarcela. Un solo abogado presenta 2.500 habeas corpus. Su nombre es Fernando Torres y está vinculado desde 1954 a la Unión Obrera Metalúrgica. El veterano Armando Cabo comparte una celda con su hijo Dardo. Entre los jóvenes militantes apresados y condenados a prisión, se encuentran Carlos Alberto Burgos, Gustavo Rearte, Tuli Ferrari, Héctor Spina, Jorge Rulli, Envar el Kadri y Felipe Vallese. Casi todos ellos, con el paso de los años, se convertirán en figuras históricas de la Juventud Peronista, asociados a su etapa más combativa. El constante uso de picanas eléctricas eleva el consumo de electricidad en las comisarías y los cuarteles. El diputado socialista Alfredo Palacios, a pesar de haber sido opositor a Perón, denuncia en el Congreso: “Hoy también se tortura en el estado de derecho”.

En las elecciones para renovación parcial legislativa del 27 de marzo, el peronismo –que aún no ha sido legalizado– vota en blanco y el frondizismo gana sólo en 11 provincias. Los radicales del pueblo, adversarios de ambos, resultan beneficiados en los comicios.

El 24 de abril de 1961, Frondizi pide la renuncia de Álvaro Alsogaray, el ministro de Economía y de Trabajo que había asegurado que para solucionar la crisis argentina “hay que pasar el invierno”. Alsogaray nunca especificó cuál invierno ni cuántos años eran necesarios.

El primero de mayo se cumplen tres años de gobierno. El hombre que llegó a la presidencia con la bandera del desarrollismo dirige un mensaje al Congreso y reconoce las deficiencias de su gobierno. Quince días después, comienza un conflicto ferroviario que durará siete meses.

3. El maquiavelito de Corrientes

Los diarios de Buenos Aires muestran fotos de un Arturo Frondizi delgado, con el rostro demacrado, pálido y ojeroso. El presidente se está quedando cada día más calvo. Como contrapartida, la barba parece crecerle el doble: a las pocas horas de afeitarse por la mañana, una sombra gris se le instala en la cara; por la tarde, tiene aspecto de no haberse rasurado en dos días. El director de la revista de humor político Tía Vicenta, Eugenio Colombres, más conocido como Landrú, publica las caricaturas del mandatario: se le ve con puntitos en las mejillas y el mentón. Los dibujos lo muestran flaco como un fideo, con ojos sorprendidos detrás de los lentes y una nariz larga que parece un pepino.

Almorzando con el Che Guevara

El 18 de agosto, Frondizi se reúne secretamente en Olivos con Ernesto Che Guevara, ministro de Industria de Cuba. El argentino-cubano ha llegado de Montevideo al discreto aeropuerto de Don Torcuato pasadas las 10 de la mañana de ese día, en una avioneta uruguaya.

Muchos años después, Frondizi relatará que el encuentro se realizó por iniciativa mutua, pero que él fijó las condiciones y Guevara las aceptó: el traslado se haría bajo la responsabilidad del gobierno argentino, no se anunciaría públicamente su visita y no hablaría con nadie más. El presidente argentino ofrece que Argentina, Brasil y México medien en el conflicto entre Estados Unidos y Cuba. Después, hablan de las situaciones de sus respectivos países. El ministro cubano se sincera y le dice a su interlocutor que está casi seguro de que las presiones políticas terminarán por derrocarlo. A mediodía, Guevara acepta un bife de chorizo con papas hervidas que le ofrece la esposa de Frondizi. Después, le solicita a su anfitrión que lo autorice a visitar a una tía que vive de camino al aeropuerto y se despide.

Cuando Frondizi llega a la Casa de Gobierno, le sale al paso su edecán militar de turno.

– Señor –le dice con la voz alterada– ahí adentro lo espera una tormenta.

Altos jefes de las Fuerzas Armadas lo aguardan fuera de sí. Buenos discípulos de las academias militares norteamericanas, están convencidos de que la guerra fría entre Washington y Moscú también se desarrolla en Buenos Aires. Los oficiales acusan a Guevara de “criminal” y le recriminan a Frondizi no haber roto relaciones diplomáticas con La Habana.

Tres días más tarde, el jaqueado presidente tiene que explicar por radio el encuentro furtivo con uno de los argentinos más detestados en esos años por los militares, casi con la misma intensidad con que odiaban a Perón. “Solamente los débiles eluden la confrontación con hombres que no piensan como ellos...”

Nosotros no queríamos ser gobernantes de un pueblo que tiene miedo de confrontar sus ideas con otras ideas”, afirma desde los micrófonos.

La declaración radial no conforma a los militares. A la semana, renuncia el ministro de Relaciones Exteriores, Adolfo Mugica, fundador del Partido Conservador y ex diputado en el período 1938-1942. El canciller argentino había declarado a la prensa que la entrevista entre Frondizi y Guevara se realizó con conocimiento de Washington, pero el Departamento de Estado lo desmintió y lo dejó colgado de la brocha. A esta altura, a Estados Unidos le importa un rábano el gobierno frondizista. [Nota al pasar: en esa época todo parecía indicar que Carlos Mugica, hijo del candiller, estaba destinado por su origen social a ser un cajetilla de Barrio Norte, pero no fue así. Luego de cursar dos años en la Facultad de Derecho, donde conoció y se hizo amigo de Roberto Guevara, hermano del Che, el joven Mugica ingresó a un seminario católico y se ordenó como cura en 1959, a los 30 años. Por la época en que el Guevara llegó a Argentina, era vicario cooperador de la parroquia Nuestra Señora del Socorro, en Barrio Norte, y asesor de la Juventud de Acción Católica, en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Fue uno de los fundadores del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, trabajó en villas miserias y militó en el peronismo. El 11 de mayo de 1974 fue asesinado por Rodolfo Eduardo Almirón, inspector de la Policía Federal y uno de los jefes de la Triple A].

El históricamente antiperonista diario La Prensa acusa de “procomunista” al mandatario que encarcela por igual a peronistas y comunistas. Aramburu, ascendido a teniente general bajo este gobierno, censura la conducta presidencial. La CGT suma su voz al coro de indignados.

En noviembre de 1961, en medio de la prolongada huelga de ferrocarriles iniciada a mediados de mayo y el descontento generalizado que incluye a la clase trabajadora, las Fuerzas Armadas, los empresarios y los partidos políticos, incluido el propio, Frondizi inicia una gira por varios países. Visita Canadá, Japón, la India y Tailandia. De regreso, se detiene en Atenas, Hong Kong, Honolulu, San Francisco y Nueva Orleans. En Palm Beach (Florida) se entrevista con el presidente John F. Kennedy. En ausencia del presidente viajero y la inoperancia de los funcionarios del ministerio de Trabajo, el cardenal Antonio Caggiano actúa como mediador en el conflicto ferroviario y, tras una semana de negociaciones, el 10 de diciembre logra levantar el paro.

El 31 de enero de 1962, la Séptima Reunión de Cancilleres de la Organización de Estados Americanos (OEA), convocada en Punta del Este, cede a las presiones de Washington y expulsa a Cuba del sistema interamericano. Unos pocos países, entre los que se cuenta Argentina, se abstienen de votar. Pero después, el gobierno indina la cabeza ante las presiones militares y rompe relaciones diplomáticas con Cuba. El papelón, entonces, es doble.

“No renuncio, ni me suicido, ni me voy”

Fronidzi viaja a Paraná, su ciudad natal, y el 3 de febrero pronuncia un discurso en el que denuncia “una conspiración nacional e internacional” para derrocar a su gobierno. Sabe que tiene las horas contadas.

El domingo 18 de marzo de 1962, se realizan elecciones para legisladores nacionales y gobernadores provinciales. Los peronistas triunfan en nueve provincias: Chaco, Jujuy, La Pampa, Neuquén, Río Negro, San Juan, Santiago del Estero, Tucumán y Buenos Aires, donde se impone la fórmula Framini-Anglada. La UCRI sólo gana en la Capital Federal, y por poco margen.

Al día siguiente, La Nación publica una columna política que condena la victoria peronista. En su parte principal, el artículo expresa: “A seis años de la revolución [libertadora] el país político olvidó su rumbo y su destino. Las jornadas de septiembre [de 1955] no sólo abrieron una época.

Establecieron una nueva legalidad, un nuevo suelo institucional. Sobre sus cimientos se basa el orden de hoy. El domingo, el país arrojó por la borda los pilares del nuevo orden y jugó a todo o nada en una apuesta sin sentido. Hoy, en medio de la perplejidad, hay que retomar el hilo y volver a tejer”. El artículo lleva la firma del joven abogado Mariano Grondona, de 28 años.

Ese mismo día, Frondizi vuelve a ceder a las presiones militares, interviene las provincias y anula las elecciones. Pero ya es tarde. Un mero hecho protocolar atrasa el derrocamiento: el príncipe Felipe de Edimburgo, esposo de la reina de Inglaterra, visita Argentina. Un golpe de Estado en su presencia hubiera sido interpretado en Londres como un acto de mal gusto.

El 23 de marzo, José María Guido va a despedirse de Frondizi porque viaja a Río Negro. Según Félix Luna (Todo es Historia, Nº 99, agosto de 1975), se inició el siguiente diálogo:

– Usted no se puede ir –dijo el presidente.

– ¿Por qué?

– Porque puede ser necesario que se encuentre en la capital por las cosas que pudieran ocurrir.

– ¿Y qué puede ocurrir? –preguntó Guido.

– Y... que las Fuerzas Armadas lo consulten para saber si usted está dispuesto a asumir el gobierno en remplazo mío.

– Esa consulta me la pueden hacer por teléfono. Como yo tengo que decirles que no, esa palabra se puede decir por teléfono.

– Bueno –se rió Frondizi–, váyase a Viedma si quiere, pero queda enterado.

Transcurren unos días muy confusos. El mandatario está sujeto a la Casa Rosada con hilo de coser. El 27, envía una carta al Comité Nacional de la UCRI, en la que afirma: “No renunciaré, no me suicidaré, no me iré del país, ni cederé”. Ajeno a todo, el imperturbable príncipe Felipe da por finalizada su visita oficial y viaja a la estancia Blaquier, cerca de la ciudad bonaerense de Lobos, para participar en un torneo privado de polo. A las 17:25 del 28 de marzo, el comandante en jefe del Ejército se presenta en la Casa Rosada y le pregunta a Frondizi si está dispuesto a renunciar.

– No –responde el presidente– y mi posición es irrevocable.

A las siete de la mañana del día siguiente, oficiales de las tres fuerzas se presentan en la residencia presidencial de Olivos con la orden de detener al mandatario. – Señores –les dice Frondizi– estoy a su disposición.

Una hora y media después, un avión de la fuerza aérea lo conduce a la isla Martín García y lo confina en una dependencia de la marina. Un comunicado de los comandantes de las tres armas señala que Frondizi “carece de fuerza, de autoridad moral y política para resolver la situación”.

Lo que el viento se llevó

Los oficiales de las Fuerzas Armadas, formados en el mitrismo, habían “comprado” la ideología tardía de la Guerra Fría en cursos de especialización de Estados Unidos, sobre todo en la tristemente célebre Escuela de las Américas, más conocida como “Escuela de dictadores”, ubicada en Fort Gulick, en la hoy desmantelada de la Zona del Canal de Panamá. En Argentina a precio de costo, Gregorio Selser escribe: “Una de las arduas tareas del Frondizi candidato presidencial y del Frondizi presidente iba a ser la de tratar de convencer a los militares de que no era comunista ni estaba a sueldo de Moscú o de Pekín. Pese a todo lo que hizo para probarlo – y le sobraban pruebas para ello– hasta hoy lo que queda de aquella oficialidad sigue creyendo en la fábula del presidente comunista. Ironías de la historia: el maquiavelito de Corrientes no pudo convencer ni a aquellos a quienes servía acerca de su verdadera identidad política”.

Frondizi llegó al gobierno con votos prestados, pero no pudo satisfacer a todos y terminó enredado en sus propios vaivenes. Bajo el gobierno de Perón y durante su propia campaña electoral, había sido un vigoroso opositor a las inversiones de compañías petroleras extranjeras; como presidente firmó contratos con empresas de otros países. Utilizó un discurso nacionalista, pero en 1959 “desnacionalizó” del frigorífico Lisandro de la Torre. Prometió un trato especial a la clase obrera, en especial a los peronistas, pero sólo en ese año un millón y medio de trabajadores tomaron parte en más de 45 conflictos laborales. Impuso el Plan Conintes, designó interventores en más de 20 sindicatos y declaró zonas militares a La Plata, Berisso y Ensenada, ciudades habitadas fundamentalmente por obreros.

Al asumir en mayo de 1958, Frondizi había declarado: “El debate entre los trabajadores se desarrollará sin injerencia alguna del Estado. Quedará descartada la intromisión policial en la vida sindical”. A esas palabras se las llevó el viento. Su política económica, su insensibilidad social y la resolución violenta de los conflictos fueron la causa de que el movimiento obrero encabezara –sin que medie una orden de Perón– el doble de huelgas que las realizadas durante el régimen de la Revolución Libertadora.

Frondizi logró, sin embargo, una especie de milagro de unidad nacional: casi todos los sectores de la sociedad argentina coincidieron en su contra. Gorilas, peronistas, nacionalistas, izquierdistas y militares lo detestaban. Unos lo acusaban de represor del peronismo y otros de cómplice del partido proscrito

Algunos lo condenaban por “judío y marxista”... y todos por “entreguista de los recursos naturales”.

Fuente: lists.econ.utah.edu